



Claroscuro de la okupación
y la comunidad

Intervención por Ruymán Rodríguez

&

Clair-obscur du squat et
de la communauté

Traduction par Plaine Nébulition

trespass

www.trespass.network

@TrespassNetwork

Texto original publicado en el primer número de la revista Tresspass

Tresspass es una revista autogestionada, sin financiación, y de acceso abierto. Es multidisciplinaria y publica trabajos en diferentes idiomas.

Traduction publiée dans le deuxième numéro de la revue Tresspass

Tresspass est auto-géré, ne reçoit pas de financement et d'accès libre. C'est une revue multidisciplinaire, qui publie des ouvrages dans plusieurs langues.

Claroscuro de la okupación y la comunidad

Ruymán Rodríguez

Okupar tiene las connotaciones de un verbo reivindicativo. Es tomar lo que está en desuso, abandonado, y darle utilidad. Es señalar la desproporción establecida por la propiedad privada sobre un bien de primera necesidad como es la vivienda. Sin embargo, hay muchos matices.

Siempre creí que okupar tenía intrínsecamente ese cariz vindicador y que no importaba qué vivienda okuparas mientras estuviera abandonada. La realidad me ha hecho ampliar la perspectiva.

Cuando empezamos (la FAGC) a intervenir en la vivienda nos especializamos en parar desahucios a través de piquetes (aunque ya habíamos hecho nuestros pinitos en okupación). Queríamos hacer una alianza con la PAH local para que abordara el aspecto legal y con el Movimiento Okupa para que nos ayudara en los realojos. Al final los primeros no estaban por la labor y los segundos, aunque lo intentaron, no pudieron cambiar de dinámica. Nos vimos así empollándonos el Código Penal y especializándonos en abrir casas.

Recuerdo el caso de una familia con 4 niños recién desahuciada que había llegado a nosotros demasiado tarde. Fuimos a una casa okupa cercana a pedir que les dejaran quedarse un par de noches hasta que pudiéramos abrir una de vivienda de urgencia (por entonces no teníamos el superávit de inmuebles expropiados que llegamos a tener después). Los miembros de la casa okupada nos dijeron, nada más abrir la puerta, que era imposible. Las habitaciones que tenían libres eran para "viajeros" (gente del ambiente okupa internacional que venían a algún festival de música, de vacaciones o de Erasmus) y el resto eran zonas de meditación. Me di cuenta entonces de cuán lejos estaba esa okupación profesionalizada de la reivindicación, de cuán lejos estaba de la calle y de la necesidad de la gente de a pie. Esa noche, con prisas y angustiado por esa familia, frustrado y cabreado por la insensibilidad de los "concienciados", abrí una casa sin tomar ninguna precaución y por poco pierdo un pie (en la entrada de la puerta había un enorme cepo de caza que no vi en la oscuridad; desde entonces nunca entro a oscuras).

Darse cuenta de que había que elegir a quién se le expropiaba fue, sin embargo, en parte estrategia y en parte confrontación con la realidad. Muchas veces tratamos de contar con la complicidad del barrio donde actuamos para que la okupación se prolongue en el tiempo. Cuando es de un particular, a no ser que nadie lo conozca ni a su familia, o la vivienda lleve décadas abandonada, los vecinos no lo aprueban o hasta llaman a la policía. Por el contrario a un banco nadie lo defiende, salvo los políticos. En esos casos los propios vecinos nos animaban a que entráramos y hasta se implicaban en las labores de abrir la puerta o

facilitar suministros. Fue así como vimos que además de atacar a la propiedad privada había que hacerle daño al poder financiero, pues era importante incluso a niveles prácticos.

Sin embargo, la okupación también puede ser un círculo cerrado en otro aspecto. Cuando se okupa por necesidad podemos ahorrarnos muchas de las tonterías que contaba antes, pero surgen otros problemas. Okupar por necesidad puede suponer que cuando acaba la necesidad también lo haga la implicación. Creemos que el apoyo mutuo y compartir herramientas de autonomía supone de por sí la emancipación, y esto es una idealización. La persona a la que ayudas a abrir una casa puede denunciarte tranquilamente si le dices que no te es posible pincharle la luz. Sé de lo que hablo. El capitalismo se ha extendido entre la población de forma tan perfecta que también los necesitados, cuando dejan de serlo, aprenden rápido a aplicar el darwinismo social. He comprobado como el antiguo paria, que gracias a tener vivienda puede reunificar a su familia y garantizarse un subsidio, pasa a considerarse un potentado al tener unos ingresos que, aunque escasos, puede invertir íntegramente en consumo. He visto cómo después de producirse esta situación la misma persona que huía de la miseria ahora se niega a tener okupas, indigentes y migrantes al lado y no quiere que se expropie ninguna casa cerca de la suya. He visto lo oscuras e insondables que son las entrañas de las personas producidas en serie por el capitalismo.

Todo lo que cuento es duro y quizás sorprenda si digo que a veces, cuando conoces la vida de la gente, puedes llegar incluso a comprender la raíz de estas actitudes. Pondré un ejemplo: un joven de 20 años que acababa de ser padre contactó con nosotras porque no tenía vivienda. Después de ayudarlo a conseguirla, no sólo no colaboró sino que se convirtió en un saboteador que no tenía impedimento en recurrir a la policía cuando se le contrariaba. Se convirtió en el enemigo y ninguno, obviamente, quisimos saber más de él. El desprecio se mitigó cuando conocí su historia: hablamos de una persona que sufrió abusos sexuales desde la infancia por parte de casi todos sus familiares, que tenía unos padres toxicómanos y que se pasó en un centro de acogida desde los 7 años hasta los 18. Salió de allí acostumbrado a hacer daño para no ser aplastado, a engañar para obtener un poco más, a explotar a sus iguales y a mantener una relación de sumisión resentida con la autoridad. Periódicamente medicado, maltratado y humillado, toda su vida se desarrollaba en un centro que era a la vez cárcel, escuela y ONG; todo instituciones que deberían ser abolidas. No le enseñaron nada y durante gran parte de su infancia y adolescencia lo único que sabía es que tenía garantizadas una cama y tres comidas diarias, sin afecto ni empatía, sin que se le estimulara ninguna inquietud creativa. Alienado, nunca supo de dónde venían las cosas, ni quién las producía ni por qué llegaban a sus manos; sólo quería llegar a mañana, arrastrar su rencor y disfrutar algún día de la vida hedonista que le vendía la tele. Ni lo excuso ni lo

justifico, pero lo raro cuando le tiendes la mano a alguien que ha pasado por eso no es que se aproveche, sino que no te la arranque. La gente que ha vivido así, fabricada a conciencia por la violencia del Sistema, debería echarse a la yugular de sus semejantes y despedazarlos, y sin embargo no lo hacen y se conforman con avasallarse mutuamente.

Estas experiencias me han hecho convencerme de que la okupación debería ser entendida como expropiación pero también como socialización. Si no hay detrás una aspiración y un proyecto revolucionario que suponga ir recuperando los bienes de consumo, sea poco a poco o de forma más ambiciosa, la okupación puede convertirse en una actividad exclusivamente onanista. Hace falta pedagogía entre los que okupan, pero esta no es una panacea. Hay que exigir compromiso si se quiere recibir ayuda, y si no hay compromiso pues que sigan adelante solos; cualquiera puede dar una patada en la puerta. Hay que ver también a quién se dirige el discurso, si a los convencidos que no lo necesitan o a los necesitados que no se convencen. La respuesta no es fácil, pero de ella depende que la okupación sea una actividad endogámica de autoconsumo o que sea una actividad, que enfrentándose a mil retos y derrotas, pueda transformar mínimamente el mundo que la rodea.

Lo dicho sobre okupación en general llega a otro estadio de profundidad cuando se habla de la creación de comunidades alternativa, ya que este otro lugar común, y a veces la única meta, cuando se okupa un inmueble. No en vano la mayoría de movimientos sociales reproducen en su discurso, de forma insistente, la idea de “crear comunidad”¹. Cuando los sueños revolucionarios chocan con la realidad, también es hacia la creación de comunidades hacia dónde se dirigen las expectativas. A su vez en los ambientes revolucionarios hablamos recurrentemente, pero de forma vaga, de levantar “comunidades de resistencia” (haciendo más hincapié, en las práctica, en el primer término que en el segundo). Lo hacemos sin concebir casi nunca que este mito de nuestro imaginario común también tiene sus límites. Esto no significa que lo considere algo negativo ni un elemento a desterrar, pero sí a cuestionar, a replantearnos sus aparentes certezas.

¹A lo largo de este texto cuando aludo al término *comunidad* lo hago principalmente para referirme, más allá de su sentido general, a las comunas alternativas creadas en los márgenes de la sociedad capitalista (desde las utópicas del s. XIX hasta las hippies de la segunda mitad del s. XX), que aspiran a la demostración práctica de un modelo social teórico. Tienden por tanto a la estabilidad. No confundir con las comunidades creadas en situación, buscada o no, de conflicto, desde la de los *diggers* ingleses del s. XVI pasado por la Revolución española de 1936 hasta experiencias más actuales como la zapatista. Estas comunidades tienden a ser de otra naturaleza, no aspiran al aislamiento y su aspecto experimental necesita más la irradiación y el contagio, el movimiento, que la conservación estática.

Durante el siglo XIX muchos de los primeros socialistas desarrollaron, tanto en el plano práctico como teórico, modelos comunitarios idílicos de implantación inmediata; todos fracasaron. Tanto los inspirados en Owen como en Saint Simon, Cabet o incluso el modelo más libertario de Fourier, corrieron la misma suerte. Josiah Warren, considerado el primer anarquista consciente de Norteamérica, participó en una de esas primeras comunas owenistas estadounidenses, y el resultado fue el desencanto total por su parte y abrazar un concepto individualista sobre la interacción social que él llamaba la “desconexión”. Según su opinión, la gente era más feliz cuanto más independiente era y más libre se sentía en sus hábitos, cuanto más desconectada estaba de estructuras generales. Esto no quiere decir que Warren rechazara los lazos sociales; sólo consideraba que reglar todos los aspectos de la vida de los miembros de una comunidad conducía a la muerte de la misma.²

Muchas décadas antes que él, e incluso antes de que se dieran las primeras experiencias comunitarias utópicas decimonónicas, William Godwin ya había alertado de estos excesos. Godwin, que en su *Investigación sobre la justicia política* (1793) defiende precisamente un modelo de vida basado en la propiedad colectiva, considera que esta forma de propiedad no puede suponer comunalizar también usos y costumbres. Para él la propiedad común no debe significar obligatoriamente comedores, horarios, trabajos y pensamientos también comunes³. La propiedad colectiva debe inspirar, sin renunciar a los vínculos sociales, a la independencia de espíritu. Algo muy

²“[El gobierno de la combinación] tiende a prostrar al individuo y reducirlo a mera pieza de una máquina; involucrando a otros en la responsabilidad de sus actos y responsabilizándolo a él, a su vez, por los actos y sentimientos de sus asociados; que, de esta manera, vive y actúa sin control sobre sus propios asuntos, sin poseer ninguna certeza sobre el resultado de sus acciones y casi sin un cerebro que se atreva a usar por su propia cuenta; y que, en consecuencia, nunca llega a conocer los grandes propósitos para los que la sociedad ha sido expresamente formada” (Warren, *Manifiesto*, 1841).

³“[...] Nuestro sistema de propiedad igualitaria no requiere ninguna especie de superintendencia ni de coerción. No hay necesidad del trabajo en común, ni de comidas en común, ni de almacenes comunes. Estos son métodos erróneos, destinados a constreñir la conducta humana, sin atraer los espíritus. Si no podemos ganar el corazón de las gentes en favor de nuestra causa, no esperemos nada de las leyes compulsivas. Si podemos ganarlo, las leyes están demás. Ese método compulsivo armonizaba con la constitución militar de Esparta, pero es absolutamente indigno de personas que sólo se guían por los principios de la razón y de la justicia. Guardaos de reducir a los hombres a la condición de máquinas. Haced que sólo se gobiernen por su voluntad y sus convicciones. ¿Para qué han de instituirse comidas en común? ¿Acaso he de sentir hambre al mismo tiempo que mi vecino? ¿He de abandonar el museo donde trabajo, el retiro donde medito, el observatorio donde estudio, para presentarme en un edificio destinado a refectorio en lugar de comer dónde y cuándo lo exige mi deseo?” (Godwin, op.cit.).

parecido defendería casi un siglo después Oscar Wilde en su ensayo *El alma del hombre bajo el socialismo* (1890)⁴.

Los experimentos comunitarios que se dieron a finales de ese siglo XIX y principios del XX también fracasaron. Estos fueron en su mayoría de corte libertario y se extendieron por Italia, España, sobre todo Francia y también los países sudamericanos más afectados por la migración europea (como Argentina o Brasil). Desde los primeros ejemplos de mano de personajes como Fortuné Henry hasta la popularización de los llamados “medios libres” que se extenderían hasta finales de la *Belle Époque*, los anarquistas pusieron mucho de su esfuerzo en estas experiencias. Muy pocas consiguieron asentarse en el tiempo y la mayoría se fueron destruyendo más por la acción disolvente interna que por la represión del Estado.

Uno de los ejemplos mejor documentados fue el de “La Cecilia” (1890-1894), un experimento sui géneris pero muy paradigmático hecho en su mayoría por migrantes italianos en un paraje aislado de Brasil. Explicar los pormenores de la vida comunitaria de esta comuna daría para varios artículos y no es mi intención. Baste con explicar que a nivel personal se produjeron muchas de las contradicciones de nuestros ambientes actuales, no sólo a nivel de celos y mezquindades, si no a la hora de forzar a la gente a experimentar situaciones amorosas o emocionales para las que no estaban preparadas (como si eso significara obtener algún tipo de pedigrí evolutivo revolucionario). A nivel social y económico, el egoísmo, la vagancia, la insolidaridad, el autoritarismo, también hallaron brecha. ¿Nos extraña? Una comunidad humana se compone de vicios y virtudes humanas. Ponerle el adjetivo anarquista a algo no sirve como si fuera un fetiche animista que sacudir delante de la cara para espantar a los malos espíritus.

Estamos educados como estamos y aunque hayamos querido eliminar muchas de las influencias del medio eso no quiere decir que lleguen a desaparecer del todo. Un ambiente creado con fines libertarios no puede blindarse ante la autoridad que le rodea ni depurar a golpe de decreto el autoritarismo que sus miembros llevan insertos. Y aunque se pudiera, ¿qué saldría de este espacio hermético?

Ya Élisée Reclus en su breve pero genial texto “Las colonias anarquistas” (1900) nos advertía de todas estas circunstancias. Apuntaba:

“[...] ¿Crearán los anarquistas Icarías para su uso particular del mundo burgués? Ni lo creo ni lo deseo. [...] Sostenidas por el entusiasmo de algunos, por la belleza misma de la idea dominante, pudieron durar algún tiempo esas empresas, a pesar del veneno que las consumía lentamente; pero a la

⁴“Con la abolición de la propiedad privada tendremos, entonces, un verdadero, hermoso, sano individualismo” (Wilde, op.cit.).

larga hicieron su obra los elementos disgregantes, y todo se hundió por su propio peso, sin necesidad de violencia exterior. [...] El aislamiento no queda impune: el árbol que se trasplanta y que se pone bajo cristal, corre peligro de perder su savia, y el ser humano es mucho más sensible aún que la planta. La cerca puesta alrededor de sí por los límites de la colonia, es letal; se acostumbra a su estrecho medio, y de ciudadano del mundo que era, se empequeñece gradualmente a las mínimas dimensiones de un propietario; las preocupaciones del negocio colectivo que lleva entre manos, estrechan su horizonte; a la larga se convierte en un despreciable gana-dinero”⁵.

Estas cosas que señala Reclus ¿se diferencian en algo de lo que hemos visto en todas las comunas modernas desde las hippies en los años 60 y 70 del s.XX hasta las contemporáneas? Es imposible que algo se reproduzca siempre, de forma impenable, porque sí.

Podríamos pensar que el problema es la gente ideologizada, que con personas libres de taras políticas sería distinto; pero no. Los problemas son exactamente los mismos; menos sofisticados a nivel retórico, pero idénticos.

La cuestión es que aún cuando consiguiéramos crear una sociedad perfecta, ¿qué ocurre con el resto de la sociedad? Aún no se ha resuelto el problema planteado por Bakunin cuando exponía que no se puede ser libre rodeados de esclavos⁶. Una microsociedad aislada, con un funcionamiento libertario perfecto, sería a niveles generales muy poco libertaria. Un grupo de estrechos “gana-dineros” como decía Reclus, obsesionados por sacar a flote el pequeño negocio familiar y que convertirían la comunidad en una empresa con formato de sociedad limitada. Quizás 15 personas vivan un espejismo de libertad, pero 7000 millones seguirán reptando exactamente igual que siempre.

¿Hay que eliminar toda intención de crear comunidades entonces? No va mi discurso por el lado de las aseveraciones. Recuerdo cuando Kropotkin definía la propuesta libertaria en la Enciclopedia Británica (1905) y hablaba de comunas autónomas de distintos tamaños y si se deseaba temporales. Recuerdo también la idea de las “asociaciones de egoístas”⁷ de Stirner. E incluso los ejemplos de vida de personajes como Thoreau que huían de las ciudades y que colocaban en sus casas solo tres sillas: “una para la soledad, la segunda para los amigos y la tercera para la sociedad”⁸. Ninguno sabía que depararía el futuro como no lo sabemos ninguno de nosotros. Discutir el mejor modelo

⁵Reclus, op.cit.

⁶Mijaíl Bakunin, *El Principio del Estado*, 1871.

⁷Max Stirner, *El Único y su propiedad*, 1845.

basándonos en la teoría es estúpido y estéril. Sólo la práctica lo zanjará. Este texto habla por tanto de lo que la experiencia, histórica y personal, me ha demostrado.

Una comunidad, si quiere subsistir, debe evitar enredarse en lo que yo llamo “la política de lo imposible”. Hay cosas que una comunidad puede votar en asamblea por mayoría, incluso consensuar, pero si lo aprobado escapa de lo posible no se cumplirá. Votar por mayoría absoluta que mañana vamos a levitar no nos levantará un centímetro del suelo. La comunidad no puede abordar asuntos que se escapan a su control. Si acuerda, por ejemplo, un horario de ruidos tendrá que ver la predisposición real de los comuneros hacia dicho acuerdo, la capacidad comunitaria de hacerlo cumplir y las consecuencias de un posible incumplimiento. Si el análisis nos indica que no hay posibilidad real de hacer cumplir lo que se ha acordado, más vale ni proponerlo. Y esto entronca con tomar decisiones sobre ética y moral y la esfera privada del domicilio y las costumbres. Por mucho que determinados hábitos molesten y desagraden, hay cosas cuyo cumplimiento no puede constatarse. Y aunque se pudiera, ¿es deseable? Para conseguirlo habría que poner en marcha una repugnante y pesada maquinaria represiva semejante a la del Estado, o una labor de pedagogía y autoformación que con suerte, de funcionar, nos llevaría décadas. Hay elementos en los que la comunidad debe reconocerse, aunque sea temporalmente, incompetente.

Con respecto a los individuos que la componen o rodean la comunidad sólo puede abordar aquellos asuntos que afectan al común, que implican a la mayoría o que directamente la amenaza o pone en peligro. Mientras eso no ocurra debe inhibirse.

Sobre esto recuerdo un ejemplo ocurrido en la acampada del 15M de Las Palmas. Se hizo una asamblea promovida por la “Comisión de respeto” para ver la forma de evitar que una persona con actitudes “inconvenientes” (motivadas por abuso de drogas y problemas mentales serios) accediera a la plaza. Todas las voces hablaban de expulsión y “patrullas de control”. Cuando me tocó tomar la palabra planteé dos objeciones: primero, el dilema moral de la exclusión, de barrer bajo la alfombra aquellos problemas que nos incomodan tal y como hace esa sociedad capitalista que tanto nos desagradaba; segundo, aunque se aprobará por mayoría impedirle participar, ¿cómo llevar dicha resolución a la práctica? Una plaza es un espacio público al que no se puede impedir el acceso. ¿Crear una policía del 15M que vigilara constantemente el perímetro? Y de poner en marcha esa aberración, ¿recurrir a la violencia si el individuo cruzaba el cordón? Llamé la atención sobre el hecho de que los mismos pacifistas que censuraban la autodefensa ante las agresiones policiales aprobaran la violencia a la hora de “protegerse” de una persona acuciada por múltiples enfermedades mentales y sociales. Propuse entender la

⁸Henry David Thoreau, *Walden o La vida en los bosques*, 1854.

situación del aludido y proponerle, ya que le interesaba el Movimiento, alguna ocupación y forma de implicarse. Como le gustaba pintar, le propuse encargarse de diseñar la cartelera y estuvo dedicado a eso durante varias semanas, hasta poco antes del desalojo. No fue una panacea, pero los problemas de convivencia se redujeron.

Siempre habrá individuos disruptivos, elementos que sabotean desde dentro. La comunidad debe plantearse qué herramientas tiene para enfrentarse a estas situaciones y si puede aplicarlas sin convertirse en el mismo modelo autoritario que condena. Debe estudiar si el individuo es permeable a la persuasión o a la pedagogía, si se requieren medidas sancionadoras (una vía peligrosa que no conoce techo y que no se aplica con palabras⁹) o si hay que recurrir a la expulsión. Y, sobre todo, si tiene posibilidad de aplicar alguna de esas medidas. Debe plantearse también cuál es la proporción real de los elementos disruptivos. Una comunidad donde la mayoría sabotea ya no es una comunidad y lo mejor es abandonarla.

La comunidad¹⁰ debe dejar de verse como un ente con vida propia, suprahumano. Es sólo una estructura inánime que existe gracias a quienes la componen. Su naturaleza, si es negativa o positiva, está determinada por la calidad humana de sus componentes. Hay que contemplarla como un cuerpo que nunca es el núcleo de sí mismo; ese cuerpo se compone de células y para bien o para mal son ellas las que determinan el estado de salud o enfermedad de dicho cuerpo. El cuerpo puede eliminar una célula maligna, extirpar un cáncer, pero no puede hacerlo sin automutilarse.

La vida en comunidad es un fenómeno social que parece incuestionable; cuestionarlo sería tanto como enredarse en cuestionar si el ser humano es sociable o no por naturaleza. No me interesa ese debate desde que era adolescente. Me interesa cuestionar sólo los límites del modelo, las fronteras que no puede cruzar sin arriesgarse a morir (a morir, desgraciadamente, matando).

Después de todo lo dicho no creo conveniente, en relación a los proyectos sociales, contemplar la constitución de comunidades como un fin en sí mismo. La comunidad es un medio, para contrastar las propias teorías, para ponerlas a prueba, para hacerse fuertes, para ejercitar la convivencia, para crear estructura y tejido, para sacar músculo en la práctica cotidiana y común del día a día; todo muy importante, pero sigue siendo un medio y no una meta. Ver la creación de comunidades como nuestro fin último es como invertir todas nuestras fuerzas en arreglar un vehículo, en engrasarlo y prepararlo, en hacer de él un objeto digno de exposición, pero sin ser capaces nunca de arrancarlo,

⁹Esta vía abre la puerta al aforismo de Friedrich Nietzsche: “quien pelea con monstruos corre el riesgo de convertirse en uno” (*Más allá del bien y del mal*, 1886).

¹⁰Sus miembros más bien, pues la comunidad ni piensa ni siente ni hace nada por sí misma, es solo un agregado de individuos.

bien porque se ha convertido en un artículo decorativo inutilizado para la automoción, bien porque tenemos miedo a que se deteriore durante el viaje. Me viene a la mente el llamado "Proyecto A" promocionado por Horst Stowasser en Neustadt (Alemania) a finales del s. XX. Es un ejemplo, una demostración de capacidad, una experiencia con muchas lecciones válidas, pero verla como el objetivo sería, en mi opinión, errar el disparo. Es un proyecto que justamente representa lo que acabo de comentar: la necesidad de fortalecer la herramienta, de crear una estructura poderosa, sin darse cuenta de que se puede perder la perspectiva al transformar una parte en el todo. Es el ejemplo de lo que pasa cuando se subvierten los términos, cuando los métodos pasan a ser las finalidades y los recursos sustituyen a los objetivos. Se daba ingenuamente por sentado que el proceso revolucionario se produciría *per se* con sólo reforzar la red autogestionaria, que el conflicto con la autoridad vendría dado, de forma inevitable, con el propio crecimiento del proyecto. La verdad es que el poder suele tolerar cualquier proyecto paralelo mientras ocupe todo el tiempo de los implicados y no tenga la intención de interferir en el funcionamiento del *status quo* de forma directa. A veces hasta lo alienta, dejando que nos agotemos, que no demos solos el batacazo o que hagamos de nuestro proyecto el objetivo de nuestra vida en vez de un simple elemento para ayudarnos a cambiarla. Al final, los participantes acaban obsesionados por el buen funcionamiento del proyecto, por mantener su estabilidad, por perfeccionarlo y mantenerlo libre de alteraciones. Ya sólo interesa el proyecto en sí y para perpetuarlo se sacrifica todo, hasta la finalidad inicial que le dio vida. Los anhelos emancipadores del comienzo han desaparecido, eclipsados, y ya solo queda el propio objeto que hemos creado: el huerto, la fábrica, la comunidad, como receptáculo de todas nuestras expectativas. El medio para mejorar la vida se ha convertido en la vida misma. Debía ser un simple escalón más hacia la liberación, pero en vez de eso se convirtió en una escalera sin principio ni fin: una escalera de caracol que gira sobre sí y que acaba justo donde empieza, incapaz ya de llevarnos a ninguna parte fuera de sí misma. Un sucedáneo aceptable de la emancipación.

En consecuencia, si queremos crear comunidades, a un nivel reducido (anarquistas) o grandes comunidades de resistencia, amplias (ahora y de cara al futuro), con proyección en nuestros barrios, tenemos que quitarnos de encima la mitificación comunitaria. En común solo se pueden dirimir los asuntos que afecten al conjunto, pero tratar de regular aspectos de la esfera puramente personal o imponer patrones conductuales o prácticas colectivas que la propia comunidad no demanda, es la mejor forma de crear crispación y desafección en la comunidad. Es un fenómeno que no catalogo de positivo o negativo pero del que me he dado cuenta: cuando hemos okupado una o dos casas dentro de un edificio no okupado y los realojados han sabido adaptarse han habido pocos problemas de convivencia. Cada vecino ha sido autónomo, ha regulado su propia vida y la interacción se ha

limitado a asuntos comunes. Nadie ha interferido en la vida de nadie. Cuando hemos okupado mazanas y edificios enteros y las asambleas no han sabido limitarse a tomar decisiones sobre lo que afecta al conjunto y han tratado de cuestionar lo que cada uno hace en su casa sólo han habido fracasos y conflictos. Podríamos pensar que es una cuestión proporcional: a menor contacto menos desencuentros. Y, sin dejar de ser cierto, tiene también mucho que ver con las atribuciones de la comunidad y su tendencia a extralimitarse en pos de una perfección imposible e inalcanzable.

El anterior ejemplo es extrapolable a casi cualquier situación. En nuestro medios hablamos de comunidad como en las series y películas norteamericanas: un conjunto amorfo y superior a los individuos que lo componen. Ser un “miembro respetable de la comunidad” equivale a respetar normas cuya naturaleza y funcionalidad desconocemos, y esto no suele ser ni deseable ni bueno. Una comunidad no puede entrometerse en la dimensión puramente individual -mientras no afecte al conjunto- por mucho que le agrade o disguste lo que se mueva dentro de dicha esfera. El esfuerzo de los participantes no debe ser tanto “crear comunidad”, “sentimiento colectivo”, “pertenencia al grupo”, como reforzar el criterio propio, la capacidad de criticar y disentir. Ya he dicho en alguna ocasión que si hoy en día somos insolidarios no es por individualismo, sino por gregarismo; por adaptarnos a la insolidaridad imperante, por ser como todo el mundo. Ser solidario, sin competir ni sacar tajada, es minoritario y está mal visto. A niveles de moral superficial puede que no (“no matarás”), pero sí a nivel de moral profunda (“sé político, policía o militar y sé respetado por matar”).

En una comunidad hay que tratar de fortalecer la independencia de criterio, el querer colaborar por convicción y no por inercia, el saber llevar la contraria cuando la comunidad se equivoca. Ninguna de nuestras comunidades, ni siquiera las libertarias, han sabido hacer esto. Han tratado de forzar la uniformidad de hábitos y una armonía ficticia dada por la semejanza y no por la diferencia. Incluso hace falta individualidad para detectar pronto la muerte del proyecto, para saber cuándo se vive en una comunidad y cuándo en otra cosa impulsada por las ganas de unos pocos y lastrada por la desidia y vagancia de una mayoría. También es necesaria para detectar cuándo la comunidad se resigna con su condición de medio (para facilitar la vida de sus participantes, para armarnos de cara al acontecimiento revolucionario) y cuándo no, y se revuelve hasta convertirse en el fin de todo esfuerzo (cuando exige que se trabaje sólo por y para la comunidad y no asume ser el trampolín que nos permita transitar a otros estadios revolucionarios).

Pensar por uno mismo, saber oponerse al número, generar disenso, sentirse dueño de la propia vida, es el precio que toda comunidad humana debe estar dispuesta a pagarle a sus miembros si quiere

permanecer sana, construirse con personas reales y no ser una simple abstracción ajena a los seres concretos que deberían darle vida.

La comunidad que no entienda esto corre el peligro de crear a sus propios refractarios y que se cumpla lo que anunciaba Renzo Novatore cuando avisaba de que “cualquier sociedad que construyas debe tener sus límites”¹¹.

Sobre el autor

Ruymán Rodríguez es miembro de la Federación Anarquista de Gran Canaria (FAGC).

Contactar : [anarquistasgc \[en\] autistici \[punto\] org](mailto:anarquistasgc@autistici.org)

Enlace

Este artículo se puede encontrar en línea en la página web de Trespass en la siguiente dirección:

<https://www.trespass.network/?p=739&lang=es>

¹¹Renzo Novatore, “Il mio Individualismo Iconoclasta” (en *Iconoclasta!*), Enero de 1920.

TRADUCTION

Clair-obscur du squat et de la communauté

Ruymán Rodríguez

traduit par Plaine Nébulition

Squatter a les connotations d'un verbe revendicatif. C'est prendre ce qui est inutilisé, abandonné, et le rendre utile. C'est signaler la disproportion établie par la propriété privée sur un bien de première nécessité comme le logement. Cependant, il y a beaucoup de nuances.

J'ai toujours cru que squatter avait un aspect vindicatif qui se suffisait à lui-même et que le choix de l'immeuble n'était pas important tant qu'il était abandonné. La réalité m'a fait élargir cette perspective.

Lorsque nous avons commencé (la FAGC)¹² à intervenir sur le logement, nous nous sommes spécialisés dans l'arrêt des expulsions moyennant des piquets de grève (même si nous avons déjà une certaine expérience en terme de squattages). Nous voulions faire une alliance avec la PAH¹³ locale, qui aurait pu aborder l'aspect légal, et avec le Mouvement Okupa¹⁴, au niveau des relogements. Finalement, celle-là avait d'autres priorités et celui-ci, bien qu'il ait essayé, n'a pas pu changer de dynamique. On s'est donc retrouvés à bûcher le Code Pénal et à nous spécialiser dans l'ouverture de maisons.

Je me rappelle du cas d'une famille avec 4 enfants, fraîchement expulsée, qui était arrivée à nous bien trop tard. On est allés à une maison okupa du quartier pour demander aux habitants de les accueillir quelques jours jusqu'à ce que l'on puisse ouvrir un logement d'urgence (à ce moment, nous n'avions pas encore le surplus d'immeubles expropriés que l'on eut plus tard). Les membres du squat nous ont dit, juste après nous avoir ouvert la porte, que c'était impossible. Les chambres libres étaient destinées aux "voyageurs" (des gens du mouvement okupa international qui venaient pour un festival, en vacances ou en Erasmus) et que le reste de l'espace était dédié à la méditation. Je me suis alors rendu compte à quel point ce squat professionnalisé était loin de la revendication, à quel point il était loin de la rue et des besoins des gens ordinaires. Ce soir-là, à la hâte et angoissé par cette famille,

¹² La Fédération Anarchiste de Gran Canaria (FAGC) est un collectif duquel l'auteur fait partie.

¹³ La Plateforme des Affecté.e.s par les Hypothèques (PAH) est un mouvement pour le droit au logement né en 2009 à Barcelone et qui se compose aujourd'hui de 200 assemblées à travers l'Espagne.

¹⁴ Le mot « okupar » dérive du verbe « ocupar » (occuper), duquel il se distingue moyennant l'emploi de la lettre K, une graphie non utilisée par l'orthographe courante.

frustré et fâché par l'insensibilité des personnes "conscientisées", j'ai ouvert une maison sans prendre aucune précaution et de peu j'y laissais un pied (à l'entrée de la porte, l'obscurité cachait un énorme piège de chasse; depuis, je ne rentre jamais sans lumière).

Se rendre compte qu'il fallait choisir qui exproprier a été en partie une question de stratégie et en partie une confrontation avec la réalité. Nous essayons souvent de compter sur la complicité du quartier où nous habitons pour que l'occupation dure plus longtemps. Quand il s'agit d'un particulier, à moins que personne ne connaisse le propriétaire et sa famille, ou que le logement soit abandonné depuis des décennies, les voisins n'approuvent pas l'action et peuvent même en arriver à appeler la police. Par contre, à part les politiciens, personne ne défend les banques. Dans ces cas-là, les propres voisins nous incitaient à entrer et coopéraient dans l'ouverture, ou bien facilitaient le ravitaillement. C'est ainsi qu'on a vu qu'en plus d'attaquer la propriété privée, il fallait s'en prendre au pouvoir financier, car il y avait des avantages même à un niveau strictement pratique.

Cependant, la pratique du squat peut aussi être un cercle fermé par un autre aspect. Quand on squatte par nécessité on peut éviter les bêtises que je viens de raconter, mais d'autres problèmes se posent. Squatter par nécessité peut supposer qu'une fois que le besoin n'existe plus, l'implication disparaisse elle aussi. Nous croyons que l'entraide et le partage d'outils d'autonomie suppose en soi une émancipation, mais ceci est une idéalisation. La personne que tu aides à squatter une maison peut tranquillement en finir par te dénoncer si tu refuses par la suite de l'aider à trafiquer son compteur d'électricité. Je sais de quoi je parle. Le capitalisme s'est répandu de manière tellement parfaite dans la population que ceux qui vivaient dans le besoin appliquent rapidement le darwinisme social une fois qu'ils obtiennent un strict minimum. J'ai vérifié que l'ancien paria, qui grâce à l'obtention d'un logement peut réunifier sa famille et se garantir des aides, devient un tyran et investit entièrement ses revenus, quoique limités, dans la consommation. J'ai vu comment, après ce changement de situation, cette même personne qui fuyait la misère refuse aussitôt d'avoir des squatteurs, des sans-abri et des migrants à ses côtés, et ne veut pas que d'autres maisons soit expropriées près de la sienne. J'ai vu les obscures et insondables profondeurs qui caractérisent les personnes que le capitalisme produit en série.

Ce que je raconte est dur et peut éventuellement surprendre si je dis que, parfois, quand tu connais la vie des gens, tu peux même arriver à comprendre d'où proviennent ces attitudes. Par exemple: un jeune de 20 ans qui venait d'être père nous a contactés car il n'avait pas de logement. Après l'avoir aidé à l'obtenir, non

seulement il n'a pas coopéré, mais en plus il s'est converti en saboteur, qui n'avait pas de scrupules à appeler la police quand on le contrariait. Il devint un ennemi et personne, évidemment, ne voulait en entendre parler. Mon mépris pour lui s'est nuancé quand j'ai connu son histoire: enfant, cette personne a subi des abus sexuels de la plupart des membres de sa famille, il avait des parents toxicomanes et a passé la plupart de son enfance - de 7 à 18 ans - dans un centre d'accueil. Il est sorti de là-bas habitué à faire du mal pour éviter d'être écrasé, à tromper pour obtenir un petit peu plus, à exploiter ses égaux et à maintenir une relation de soumission rancunière avec l'autorité. Régulièrement sous traitement médicamenteux, maltraité et humilié, toute sa vie se construisait dans un centre qui était en même temps une prison, une école et une ONG; des institutions qui devraient toutes être abolies. Elles ne lui ont rien appris, et pendant une bonne partie de son enfance et adolescence, la seule chose qu'il savait, c'est qu'il avait droit à un lit et trois repas quotidiens, sans affection ni empathie, sans qu'on stimule en lui aucune curiosité créative. Aliéné, il n'a jamais su d'où venaient les choses, ni qui les produisait ni pourquoi elles arrivaient à ses mains; il voulait tout simplement survivre jusqu'au lendemain, en traînant sa rancœur et en espérant un jour pouvoir profiter de la vie hédoniste que lui vendait la télé. Je ne prétends pas l'excuser ni le justifier, mais c'est plutôt rare que, quand tu tends la main à quelqu'un qui a vécu tout ça, celui-ci se limite à en profiter, au lieu de t'arracher le bras. Les gens qui ont vécu comme ça, fabriqués intentionnellement par la violence du Système, devraient sauter à la jugulaire de leurs égaux et les déchiqeter, et pourtant ils ne le font pas, et se limitent à s'écraser les uns les autres.

Ces expériences m'ont convaincu que le squat devrait être compris comme une expropriation mais aussi comme une socialisation. S'il n'y a pas une aspiration ou un projet révolutionnaire qui suppose récupérer les biens de consommation, que ce soit de manière progressive ou bien de manière plus ambitieuse, les squats peuvent se convertir en une activité exclusivement onaniste. La pédagogie est nécessaire entre ceux qui squattent, mais celle-ci n'est pas une panacée. Il faut que l'aide soit accompagnée de compromis, si ceux qui reçoivent de l'aide ne s'impliquent pas, eh bien qu'ils poursuivent leur route seuls; n'importe qui peut donner un coup de pied dans une porte. Il faut aussi voir à qui se dirige le discours, s'il se dirige aux convaincus qui n'en ont pas besoin ou à ceux qui vivent dans le besoin et qui ne sont pas convaincus. La réponse n'est pas facile, mais c'est bien elle qui détermine si le squat sera une activité endogamique d'auto-consommation ou bien une activité qui, se confrontant à mille défis et défaites, puisse transformer minimement le monde qui l'entoure.

Cette réflexion sur le squat en général peut être amenée à un autre niveau de profondeur si on l'entend comme un outil de création de communautés alternatives, vu que créer ce lieu commun est parfois l'unique objectif de ceux qui squattent un espace. Ce n'est pas en vain que la plupart des mouvements sociaux reproduisent dans leur discours, de manière insistante, l'idée de "faire communauté".¹⁵ Quand les rêves révolutionnaires se heurtent à la réalité, c'est aussi vers la création de communautés que se dirigent les attentes. De la même manière, dans les milieux révolutionnaires il est récurrent de parler, quoi que de manière vague, d'ériger des "communautés de résistance" (en mettant l'accent, au niveau pratique, sur le premier terme plutôt que sur le second). Nous le faisons sans concevoir presque jamais que ce mythe de notre imaginaire commun a aussi ses limites. Ceci ne signifie pas pour autant que cette idée soit un élément négatif, ni un élément à bannir, mais plutôt un élément dont il faut questionner et remettre en cause les fondements.

Au cours du XIXe siècle, un grand nombre des premiers socialistes ont développé, autant à un niveau théorique que pratique, des modèles communautaires idylliques de mise en œuvre immédiate; tous ont échoué. Que ce soit en suivant l'inspiration d'Owen, de Saint Simon, Cabet ou même le modèle libertaire de Fourier, tous ont subi le même sort. Josiah Warren, considéré comme le premier anarchiste conscient de l'Amérique du Nord, participa à l'une de ces premières communes owenistes aux États-Unis, et il en ressortit totalement désenchanté. À la suite de quoi il adopta un concept individualiste des interactions sociales qu'il appela la « déconnexion ». Selon lui, plus les gens étaient indépendants, et plus ils étaient heureux ; et plus ils étaient déconnectés de structures générales, plus ils se sentaient libres dans leurs habitudes. Cela ne signifie pas que Warren rejetait les liens sociaux; il considérait seulement que la réglementation de tous les aspects de la vie des membres d'une communauté conduit à la mort de celle-ci.¹⁶

¹⁵ Au long de ce texte, quand je fais allusion au terme *communauté*, je le fais principalement pour désigner, au-delà de son sens général, les communes alternatives créées en marge de la société capitaliste (des utopistes du XIX^{ème} siècle jusqu'aux hippies de la deuxième moitié du XX^{ème} siècle), qui aspirent à être une démonstration pratique d'un modèle social théorique. Elles tendent ainsi à une certaine stabilité. Ne pas confondre avec les communautés créées en situation, recherchée ou non, de conflit, comme par exemple les *diggers* anglais du XVI^{ème} siècle, la Révolution espagnole de 1936, ou encore l'expérience plus actuelle des Zapatistes. Ces communautés ont tendance à être de nature différente, elles n'aspirent pas à l'isolement et leur aspect expérimental a besoin de plus d'irradiation et de contagion, de mouvement, que de conservation statique.

¹⁶ [Le gouvernement issu de cette combinaison] a tendance à abattre l'individu -- à le réduire à une simple pièce d'une machine ; impliquant les autres dans la responsabilité de ses actes, et étant impliqué dans les responsabilités pour les actes et les sentiments de ses associés ; il vit et agit, sans contrôle sur ses propres affaires, sans certitude quant aux résultats de ses actions, et presque sans cerveau qu'il ose utiliser sur son propre compte; et ne réalise par conséquent jamais les grands objets pour lesquels la société est de son propre aveu formée » (Warren,

Plusieurs décennies avant Warren, et même avant les premières expériences communautaires utopiques du XIX^{ème} siècle, William Godwin avait déjà lancé l'alerte contre ce type d'excès. Godwin, qui dans son livre nommé *Enquête sur la justice politique* (1793) défend précisément un modèle de vie basé sur la propriété collective, considère que cette forme de propriété ne doit pas supposer communautariser aussi les usages et les coutumes. Pour lui, la propriété commune ne doit pas nécessairement signifier que les salles à manger, les horaires, les travaux et les pensées soient, eux aussi, communs.¹⁷ La propriété collective doit inspirer l'indépendance de l'esprit, sans renoncer aux liens sociaux. Presque un siècle plus tard, Oscar Wilde défendrait quelque chose de très semblable dans son essai *L'âme de l'homme sous le socialisme* (1890).¹⁸

Les expériences communautaires qui ont eu lieu vers la fin du XIX^{ème} et au début du XX^{ème} siècle ont également échoué. Ces expériences avaient pour la plupart une tendance libertaire, et elles se sont propagées à travers l'Italie, l'Espagne, en particulier en France et aussi dans les pays d'Amérique du Sud les plus touchés par les migrations européennes (comme l'Argentine ou le Brésil). Dès les exemples de communautés inspirées par des personnages tels que Fortuné Henry et jusqu'à la popularisation des soi-disant « milieux libres » vers la fin de la *Belle Époque*, les anarchistes ont consacré beaucoup d'efforts à ces expériences. Très peu sont celles qui ont réussi à persister au fil du temps, et la plupart ont été détruites plutôt par une action dissolvante interne que par la répression de l'État.

L'un des exemples les mieux documentés a été celui de "La Cecilia" (1890-1894), une expérience *sui generis* quoique très paradigmatique, réalisée principalement par des migrants italiens dans une région isolée du Brésil. Expliquer les détails de la vie

Manifiesto, 1841)

¹⁷ "[...] Notre système de propriété égalitaire n'exige aucun type de surveillance ou de coercition. Il n'y en a pas besoin pour travailler en commun, ni pour faire des repas communs, ni pour organiser les magasins communs. Ce sont des méthodes erronées, destinées à contraindre le comportement humain, sans attirer les esprits. Si nous ne pouvons pas gagner le cœur des gens en faveur de notre cause, n'attendons rien des lois obligatoires. Si nous pouvons le gagner, les lois seront superflues. Cette méthode compulsive s'harmonise avec la constitution militaire de Sparte, mais elle est absolument indigne de personnes qui ne sont guidées que par les principes de la raison et de la justice. Gardez-vous de réduire les hommes à la condition de machines. Faites en sorte qu'ils ne se gouvernent seulement par leur volonté et leurs convictions. Pourquoi les repas devraient-ils être institués en commun? Devrais-je avoir faim en même temps que mon voisin? Dois-je quitter le musée où je travaille, la retraite où je médite, l'observatoire où j'étudie, pour me présenter dans un bâtiment destiné à la cantine au lieu de manger où et quand me l'exige mon désir? « (Godwin, *op.cit.*).

¹⁸ « Avec l'abolition de la propriété privée nous aurons alors un véritable, beau et sain individualisme » (Wilde, *op. Cit.*)

communautaire de cette commune pourrait être l'objet de plusieurs articles, ce qui n'est pas mon intention. Il suffit d'expliquer qu'au niveau personnel, beaucoup de contradictions présentes dans nos milieux actuels se sont produites. Non seulement en termes de jalousie et de mesquinerie, mais aussi par l'obligation pour ses membres de vivre des situations amoureuses ou affectives pour lesquelles ils n'étaient pas préparés (comme si cela signifiait obtenir une sorte de pedigree évolutif révolutionnaire). Au niveau social et économique, l'égoïsme, la paresse, l'absence de solidarité et l'autoritarisme se sont également frayé un passage. Surprenant? Une communauté humaine se compose de vices et de vertus humaines. L'adjectif d'anarchiste n'a pas la fonction d'être une sorte de fétiche animiste qui éloigne les mauvais esprits quand on l'agite au visage des gens.

Nous avons l'éducation que nous avons reçue et ce même en ayant voulu éliminer une grande partie des influences de notre milieu, ceci ne signifiant pas qu'elles disparaissent complètement. Un milieu créé à des fins libertaires ne peut pas se blinder envers l'autorité qui l'entoure ni purifier par décret l'autoritarisme que ses membres portent en eux. Et même si cela était possible, que sortirait de cet espace hermétique?

Déjà Élisée Reclus, dans son texte bref mais brillant *Les colonies anarchistes* (1900) nous a averti de toutes ces circonstances. Il signalait que :

En un mot, les anarchistes se créeront-ils des Icaries en dehors du monde bourgeois? Je ne le pense ni ne le désire. (...) Soutenues par l'enthousiasme de quelques-uns, par la beauté même de l'idée rectrice, ces entreprises ont pu durer quelques temps malgré le poison qui les rongait; mais, à la longue, les éléments de désagrégation devaient faire leur œuvre, et le tout s'effondrait de son propre poids, même lorsque aucune violence destructive n'était exercée du dehors. (...) C'est qu'on ne s'isole point impunément: l'arbre que l'on transplante et que l'on met sous verre risque fort de ne plus avoir de sève, et l'être humain est bien plus sensible encore que la plante. La clôture tracée autour de lui par les limites de la colonie ne peut que lui être mortelle. Il s'accoutume à son étroit milieu, et, de citoyen du monde qu'il était, il se rapetisse graduellement aux simples dimensions d'un propriétaire; les préoccupations de l'affaire collective qu'il gère rétrécissent son horizon: à la longue, il devient un banal gagnant d'argent".¹⁹

Ces constats, que Reclus signalait, diffèrent-elles de ce que nous avons vu dans toutes les communes modernes depuis celles des hippies dans les années 60 et 70 du siècle dernier jusqu'à l'époque

¹⁹ Reclus, *op.cit.*

actuelle? Il est impossible que quelque chose se reproduise, de manière infaillible, pour la simple raison que les choses sont ainsi faites.

On pourrait penser que le problème vient des personnes idéologisées, et qu'avec des personnes libres de tares politiques cela serait différent; mais ce n'est pas le cas. Les problèmes sont exactement les mêmes; moins sophistiqués au niveau rhétorique, et pourtant identiques.

Le fait est que, même si nous arrivions à créer une société parfaite, qu'en est-il du reste de la société? Le problème soulevé par Bakounine, que l'on ne peut être libre en étant entouré d'esclaves, n'a toujours pas été résolu.²⁰ Une micro-société isolée, qui aurait un fonctionnement libertaire parfait, serait très peu libertaire au niveau global. Un groupe de stricts « gagners d'argent », comme disait Reclus, obsédés par le maintien sur pied de la petite entreprise familiale, transformeraient la communauté en une entreprise qui aurait le format d'une société à responsabilité limitée. Peut-être que 15 personnes vivent un mirage de liberté, mais 7 milliards continueront à ramper exactement comme ils l'ont toujours fait.

Alors, faut-il éliminer toute intention de créer des communautés? Mon discours ne cherche pas à affirmer de grandes vérités immuables. Je me souviens de la définition du modèle libertaire de Kropotkine pour l'Encyclopædia Britannica (1905), dans laquelle il parle de communes autonomes de différentes tailles et, selon les envies, temporaires. Je me souviens aussi de l'idée des «Associations des égoïstes» de Stirner.²¹ Je me rappelle aussi du vécu partagé par des personnages comme Thoreau, qui fuyaient les villes et ne mettaient chez eux que trois chaises : « une pour la solitude, la deuxième pour les amis et la troisième pour la société ».²² Aucun d'entre eux ne savait ce que réservait le futur, tout comme aucun de nous ne peut le savoir aujourd'hui. Prendre appui sur la théorie pour définir le modèle idéal est stupide et stérile. Seule la mise en pratique nous permet de trancher. Ainsi, ce texte parle de ce que l'expérience, autant historique que personnelle, m'a démontré.

Pour subsister, une communauté doit éviter de s'enchevêtrer dans ce que j'appelle « la politique de l'impossible ». Il y a des choses que l'assemblée d'une communauté peut voter de façon majoritaire, voire même consensuelle, mais si ce qui a été approuvé dépasse les limites du possible, cela ne sera pas réalisé. Voter à la majorité absolue que demain nous serons capables de léviter ne nous

²⁰ Mikhaïl Bakounine, *Le Principe de L'État*, 1871.

²¹ Max Stirner, *L'Unique et sa propriété*, 1845.

²² Henry David Thoreau, *Walden ou la vie dans les bois*, 1854.

éloignera pas d'un centimètre du sol. La communauté ne peut pas aborder les problèmes qui échappent à son contrôle. Par exemple, si elle se met d'accord sur un horaire de nuisances sonores, elle devra évaluer la prédisposition réelle qui existe envers un tel accord, la capacité communautaire à l'appliquer et les conséquences d'un éventuel non-respect de cet accord. Si l'analyse nous indique qu'il n'y a pas de possibilité réelle d'appliquer ce qui a été convenu, il vaut mieux éviter de le proposer. Et cela soulève la question de la prise de décisions concernant l'éthique, la morale, la sphère privée du domicile et les coutumes. Bien que certaines habitudes dérangent et déplaisent, il y a des choses dont l'accomplissement ne se vérifie pas. Et même si cela était possible, serait-ce désirable ? Pour y parvenir, il faudrait mettre en place une lourde et répugnante machinerie répressive similaire à celle de l'État, ou parier sur un travail de pédagogie et d'auto-formation qui, dans l'éventualité qu'il fonctionne, nous prendrait plusieurs décennies. Il existe des éléments dont la communauté doit reconnaître son incompetence, même si cette incompetence est temporaire.

En ce qui concerne les individus qui composent ou qui entourent la communauté, celle-ci doit se prononcer seulement sur les problèmes qui affectent ce qui est commun, qui impliquent la majorité des membres ou qui menacent ou mettent en danger la communauté de manière directe. Tant que cela ne se produit pas, l'assemblée doit s'inhiber.

À ce sujet, je me souviens d'un incident survenu au camp 15M de Las Palmas. Une assemblée convoquée par la « Commission du respect » eu lieu pour voir comment empêcher une personne ayant des attitudes « indésirables » (motivées par la toxicomanie et de graves problèmes mentaux) d'accéder à la place. Tout le monde parlait d'expulsion et de « patrouilles de contrôle ». Quand ce fut mon tour de prendre la parole, j'ai soulevé deux objections : d'abord, le dilemme moral de l'exclusion, qui consiste à balayer sous le tapis les problèmes qui nous dérangent, tout comme le fait cette société capitaliste qui nous déplaît tellement; deuxièmement, bien que la majorité décide de l'empêcher de participer, comment serait-il possible de mettre en œuvre cette résolution? Une place est un espace public auquel l'accès ne peut être empêché. Créer une police du 15M qui surveille en permanence le périmètre? Et, dans le cas où cette aberration serait mise en place, recourir à la violence si l'individu traverse le cordon? J'ai attiré l'attention sur le fait que les mêmes pacifistes qui avaient censuré l'autodéfense face aux agressions policières approuvaient la violence pour « se protéger » d'une personne souffrant de multiples maladies mentales et sociales. J'ai suggéré de comprendre la situation de la personne en question et de lui proposer de quoi s'occuper et s'impliquer, vu qu'il

s'intéressait au Mouvement. Comme il aimait peindre, je lui ai proposé de concevoir les pancartes et il s'y consacra pendant plusieurs semaines, jusqu'à peu de temps avant l'expulsion. Sa participation ne fut pas une panacée, mais les problèmes de cohabitation se sont réduits.

Il y aura toujours des individus perturbateurs, des éléments qui saboteront depuis l'intérieur. La communauté doit évaluer les outils dont elle dispose pour faire face à ces situations, et si elle est capable de les appliquer sans devenir ce même modèle autoritaire qu'elle condamne. La communauté doit étudier si l'individu est perméable à la persuasion ou à la pédagogie, si des mesures punitives sont nécessaires (un chemin dangereux qui ne connaît pas de limites et qui ne s'applique pas avec des mots)²³ ou bien si il faut recourir à l'expulsion. Et surtout, la communauté doit vérifier si la possibilité d'appliquer l'une de ces mesures existe vraiment. La proportion réelle des éléments perturbateurs doit également être considérée. Une communauté où la plupart des individus sabotent n'est plus une communauté, et dans ce cas il est préférable de l'abandonner.

La communauté²⁴ doit cesser d'être considérée comme une entité qui a une vie qui lui est propre, une vie supra-humaine. Elle n'est qu'une structure inanimée qui existe grâce à ceux qui la composent. Sa nature, qu'elle soit négative ou positive, est déterminée par la qualité humaine de ses composants. Elle doit être considérée comme un corps qui n'est jamais le noyau de lui-même; ce corps est composé de cellules et, pour le meilleur ou pour le pire, ce sont celles-ci qui déterminent l'état de santé ou de maladie du corps en question. Le corps peut éliminer une cellule maligne, extirper un cancer, mais il ne peut jamais le faire sans se mutiler soi-même.

La vie en communauté est un phénomène social qui semble incontestable; remettre ce fait en question équivaldrait à se lancer dans le débat de savoir si l'être humain est naturellement enclin à la sociabilité ou pas. Ce n'est pas un débat auquel je m'intéresse depuis mon adolescence ; je veux seulement remettre en question les limites du modèle, les frontières que celui-ci ne peut pas franchir sans risquer sa vie (et mourir, malheureusement, en tuant).

En partant de ce qui a été dit, je ne pense pas souhaitable, en ce qui concerne les projets sociaux, de considérer la constitution de communautés comme une fin en soi. La communauté est un moyen de contraster nos théories, de les tester, de les rendre plus fortes, d'exercer la cohabitation, de créer des structures et des tissus, pour

²³ Cette voie ouvre la porte à l'aphorisme de Friedrich Nietzsche: "celui qui se bat avec des monstres prend le risque d'en devenir un à son tour" (*Au-delà du bien et du mal*, 1886).

²⁴ Ou plutôt ses membres, car la communauté ne pense pas, ne sent pas et ne fait rien par elle-même, elle est simplement un agrégat d'individus.

rendre notre pratique quotidienne et courante plus puissante jour après jour; tout ceci est très important, certes, mais cela reste néanmoins un moyen et non un but. Voir la création de communautés comme notre objectif ultime équivaut à investir toutes nos forces dans la réparation, le graissage et la préparation d'un véhicule dans le but d'en faire un objet digne d'une exposition, mais sans jamais être en mesure de le démarrer, soit parce qu'il est devenu un élément décoratif, inutile pour faire des déplacements, soit parce que nous craignons qu'il se détériore pendant le voyage. Il me vient à l'esprit le « Projet A », promu par Horst Stowasser à Neustadt (Allemagne) à la fin de XX^{ème} siècle. C'est un cas exemplaire, une démonstration de capacité, une expérience qui offre beaucoup de leçons précieuses, mais la concevoir comme étant un objectif en soi serait, à mon avis, rater la cible. C'est un projet qui illustre exactement ce que je viens de dire: la tendance à renforcer l'outil, à créer une structure puissante, sans se rendre compte que l'on peut perdre la perspective en transformant une partie en l'ensemble. Ce projet est un exemple de ce qui se passe lorsque les mots perdent leur sens, quand les méthodes deviennent les buts, et que les ressources remplacent les objectifs. Il était naïvement tenu pour acquis que le processus révolutionnaire se produirait *per se*, simplement en renforçant les réseaux autogestionnaires, et que la croissance du projet serait inévitablement liée au conflit avec l'autorité. Mais la vérité est que le pouvoir a l'habitude de tolérer les projets parallèles tant que ceux-ci occupent tout le temps des personnes impliquées et n'ont pas l'intention d'interférer directement avec le fonctionnement du *statu quo*. Parfois, il en vient même à encourager ce type de projets, ils nous permettent que l'on s'épuise à la tâche, mettant fin nous-même à notre engagement, ou en faisant de notre projet l'objectif de notre vie au lieu de le concevoir comme un simple élément qui peut nous aider à changer nos vies. En fin de compte, les participants deviennent obsédés par le bon fonctionnement du projet, par le maintien de sa stabilité, et se bornent à perfectionner ou à garder le projet tel qu'il est. À ce stade, seul le projet en soi compte, et pour le perpétuer tout est sacrificable, même la finalité qui lui avait insufflé la vie. Les désirs émancipateurs du début ont disparu, éclipsés, et il ne reste que l'objet même que nous avons créé : le jardin, l'usine, et la communauté, comme un réceptacle de toutes nos attentes. Le moyen qui devait nous permettre d'améliorer notre vie est devenu la vie en soi. Il devait être un simple échelon vers la libération, mais au lieu d'avoir cette fonction il est devenu une échelle interminable : un escalier en colimaçon qui tourne sur lui-même et qui mène exactement là où il commence, incapable de nous emmener où que ce soit en dehors de lui-même. Un substitut acceptable de l'émancipation.

Par conséquent, si nous voulons créer des communautés, à un niveau réduit (anarchistes) ou de grandes communautés de résistance, larges (maintenant et face à l'avenir), et qui soient présentes dans nos quartiers, nous devons nous débarrasser de la mystification communautaire. Seules les questions affectant l'ensemble peuvent être réglées en commun. Essayer de réguler des aspects de la sphère purement personnelle ou d'imposer des types de comportements ou des pratiques collectives que la communauté n'a pas demandés, voilà la meilleure façon de créer de la crispation et de la désaffection dans la communauté. C'est un phénomène que je ne considère pas comme étant positif ou négatif, mais dont j'ai pu me rendre compte : lorsque nous avons squatté une ou deux maisons à l'intérieur d'un bâtiment non-squatté et que les personnes relogées ont pu s'adapter, il y a eu peu de problèmes de cohabitation. Chaque voisin a été autonome, a réglé sa propre vie, et l'interaction s'est limitée aux questions communes. Personne n'a interféré dans la vie de personne. Lorsque nous avons squatté des bâtiments entiers et que les assemblées n'ont pas su se limiter à prendre des décisions sur ce qui affecte l'ensemble et ont essayé de remettre en question ce que chacun faisait dans sa maison, il n'y a eu que des échecs et des conflits. On pourrait penser que c'est une question de proportions : moins de contact, moins de malentendus. Et, puisse être vrai, cela nous en dit long sur les attributs de la communauté et sa tendance à outrepasser ses propres compétences pour favoriser la poursuite d'une perfection impossible et inaccessible.

L'exemple ci-dessus est extrapolable à presque toutes les situations. Dans nos milieux, nous parlons de communautés comme dans les séries et les films nord-américains: un ensemble amorphe et supérieur aux individus qui les composent. Être un « membre respectable de la communauté » équivaut à respecter des normes dont nous ne connaissons ni la nature ni la fonction, et ceci n'est généralement ni souhaitable, ni bon. Tant que ce qui a lieu dans la sphère purement individuelle n'affecte pas l'ensemble, la communauté ne doit pas intervenir, ce qui se passe dans ladite sphère lui plaise ou non. L'effort des participants ne doit pas être tant celui de privilégier le « faire communauté », le « sentiment collectif », ou « l'appartenance de groupe », mais plutôt celui de renforcer la capacité de jugement personnel, de critiquer et d'être en désaccord. Je l'ai dit à l'occasion, si aujourd'hui nous ne sommes pas solidaires les uns avec les autres, ce n'est pas par individualisme, mais par grégarisme; par adaptation à la non-solidarité qui prévaut, pour être comme tout le monde. Être solidaire, sans rentrer en concurrence ni obtenir de bénéfices, est une pratique minoritaire et mal vue. À des niveaux de morale superficielle, peut-être pas (« tu ne tueras pas »), mais au niveau de

la morale profonde (« sois politicien, policier ou militaire et sois respecté pour tuer »), c'est un fait indiscutable.

Dans une communauté, il faut essayer de renforcer l'indépendance de l'esprit, la volonté de coopérer par conviction et non pas par inertie, et la capacité à contredire la communauté quand elle commet des erreurs. Aucune de nos communautés, même pas nos communautés libertaires, n'ont réussi à le faire. Elles ont essayé de forcer l'uniformité des coutumes et maintenir une harmonie fictive qui se base sur la ressemblance et non la différence. L'individualité est tout aussi nécessaire pour détecter la mort du projet de manière précoce, pour savoir faire la part des choses entre vivre une communauté et vivre dans autre chose, stimulée par l'envie de quelques-uns et alourdie par le laisser-aller et la paresse de la plupart. L'individualité est également nécessaire pour détecter si la communauté se résigne à sa condition de moyen (pour faciliter la vie de ses participants, pour nous armer face à l'événement révolutionnaire) ou bien si elle devient progressivement la finalité de tout effort (quand elle exige que ses membres travaillent seulement pour et au service de la communauté, sans assumer sa fonction de tremplin qui pourrait nous permettre de transiter vers d'autres étapes révolutionnaires).

Penser par soi-même, savoir s'opposer au nombre, générer de la dissidence, se sentir maître de sa propre vie, est le prix que chaque communauté humaine doit être prête à payer à ses membres si elle veut rester en bonne santé, se construire avec de vraies personnes et ne pas être une simple abstraction extérieure aux êtres concrets qui devraient l'animer.

La communauté qui ne comprend pas cela court le risque de créer ses propres réfractaires et de subir les conséquences que Renzo Novatore annonçait lorsqu'il nous prévenait que "quelque société que tu construis, elle doit avoir ses limites".²⁵

Sur l'auteur

Ruymán Rodríguez est membre de la Federación Anarquista de Gran Canaria (FAGC). Contact : [anarquistasgc \[en\] autistici \[punto\] org](mailto:anarquistasgc@autistici.org)

Lien

Cet article est disponible en ligne sur le site web de Trespass à l'adresse suivante :

<https://www.trespass.network/?p=999&lang=fr>

²⁵ Renzo Novatore, "Mon individualisme Iconoclaste" (dans *Iconoclasta!*), Janvier 1920.